

PABLO VI Y LA NUEVA JORNADA DE LA PAZ

Humberto Uribe

El 8 de diciembre de 1971, Pablo VI dirigió un mensaje a todos los hombres, exhortándolos a aceptar "una vez más nuestra invitación a celebrar la Jornada de la Paz". No se hace referencia a situaciones ni a hechos concretos o pueblos determinados; trata tan solo de exponer lo que él considera el concepto auténtico de la paz. La lógica de su pensamiento es muy clara: "si nos ponemos a buscar dónde nace verdaderamente (la paz), nos daremos cuenta de que ella hunde sus raíces en el auténtico sentido del hombre. Una paz que no sea resultado del verdadero respeto del hombre, no es verdadera paz. Y, ¿cómo llamamos a este sentido verdadero del hombre? Lo llamamos justicia". La conclusión de esta argumentación brota espontáneamente: "si quieres la paz, trabaja por la justicia".

Justicia y paz son dos temas que, en la doctrina del Pontífice, nunca han estado separados: por el contrario, se unen con lazos de causalidad: "Donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz" decía en el Mensaje del 1º de enero de 1968, porque "La paz ... con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia".

El llamamiento a la paz estaba hecho; pero hasta el más desprevenido hombre de la calle sabe que 1972 no fue, ni mucho menos, el año de la paz. Basta pensar en Vietnam, Medio Oriente, Africa Central, Irlanda del Norte, India y Pakistán (para citar solo los casos de más resonancia internacional). Más aún, si se entiende en toda su amplitud el Mensaje del Pontífice, el saldo es todavía más negativo: la verdadera justicia, aquella que se funda en la consideración de la persona humana como "un ser inviolable, igual a sus semejantes, libre y responsable", sufrió continuos atropellos tanto a nivel nacional como internacional.

Había, pues, motivo suficiente para que la voz del Papa se volviera a dejar sentir; y esto sucedió, en efecto, un año después del mensaje anterior: 8 de diciembre de 1972. Al comparar los dos Mensajes, llama la atención no tanto el contenido de las ideas cuanto el tono en que son expresadas. Si en 1971 Pablo habla con voz convencida y firme pero serena, en 1972 el tono se vuelve angustioso, refleja un verdadero drama interior.

El Pontífice manifiesta el temor de que el Mensaje mismo no sea escuchado. Teme que los hombres, acostumbrados a este estado de cosas, a esta situación de desequilibrio en que vive el mundo, le fuesen a responder: "La paz es ya algo adquirido por la civilización. No perturbéis la paz ... poniéndola en duda. Tenemos otras cosas nuevas y originales que tratar; la paz es real, la paz es segura; esto queda ya fuera de discusión". Para pensar de esta manera, se necesita tener un concepto muy devaluado acerca de la paz. "¿Llamaremos paz a sus falsificaciones? ... ¿Daremos a una tregua el nombre de paz? ¿A un simple armisticio?... ¿A un orden externo fundado sobre la violencia y el miedo? ¿O incluso a un equilibrio transitorio de fuerzas contrastantes?". Por el contrario, "la paz debe ser racional, no pasional; magnánima, no egoísta; la paz debe ser no inerte y pasiva sino dinámica, activa y progresiva a medida que justas exigencias de los declarados y ecuanímenes derechos del hombre reclamen de ella nuevas y mejores expresiones; la paz no debe ser débil, inútil y servil, sino fuerte, tanto por las razones



nes morales que la justifican como por el consentimiento compacto de las naciones que la deben sostener".

Aparece claro un primer pensamiento en este mensaje de fines de 1972: muchos creen que hay paz porque tienen una concepción recortada de ella. La paz es algo más grande y, por lo tanto, algo todavía más ausente de nuestro mundo.

En el segundo orden de ideas de este Mensaje, da un paso adelante. El Papa se pregunta por la posibilidad de esta paz. A primera vista aparece como algo imposible. "Una nueva o más bien vieja antropología está resucitando: el hombre está hecho para combatir al hombre: 'Homo Homini lupus'. La guerra es inevitable. ¿Cómo evitar la carrera de los armamentos? Es una exigencia primaria de la política. Y además una ley de la economía internacional".

Los antiguos tenían un adagio que aún hoy muchos defienden: "Si vis pacem para bellum" (si quieres la paz, prepara la guerra). En realidad, esta idea no es más que la consecuencia de la citada por el Pontífice: si el hombre es un lobo para el hombre (Hobbes), la única manera de que los hombres no se destruyan entre sí es estar siempre preparados para repeler al agresor. Si la paz debe ser racional, no egoísta, etc., ¿cómo puede ser posible la paz cuando ésta es fruto del obrar humano y "las pasiones humanas no se apagan, el egoísmo es una raíz mala, que nunca se logra arrancar del todo de la psicología del hombre"?

El nudo del problema está, pues, en el modo de concebir al hombre y su actividad. Si se le concibe no estáticamente, como algo ya hecho y acabado, sino dinámicamente, como un hacerse, la paz tampoco se puede concebir como un hecho; es algo que se hace a base de esfuerzo, de sacrificio, de lucha del hombre contra todas las fuerzas intrínsecas y extrínsecas que pretenden implantar el reino de la injusticia en vez del reino del amor y de la verdadera fraternidad universal. Por esto, escribe Pablo VI: "Admitimos que una perfecta y estable 'tranquillitas ordinis' (tranquilidad del orden, definición agustiniana de la paz) es decir, una paz absoluta y definitiva entre los hombres no puede ser más que un sueño, no falso pero sí insatisfecho; un ideal no irreal, pero que hay que realizar; porque todo es móvil en el curso de la historia y porque la perfección del hombre no es ni unívoca ni invariable". Y, más adelante: "son los senderos de un realístico conocimiento de la antropología humana, en la cual los motivos misteriosos del mal y del bien en el corazón humano nos descubren por qué la paz es un problema siempre abierto, siempre amenazado por soluciones pesimistas y a la vez siempre sostenido no solo con el deber sino también por la esperanza de soluciones felices."

Pablo VI ha dado la clave para entender el complejo problema de la paz: no es algo que se logre con la violencia y la guerra, porque la paz no es la resultante de un equilibrio diplomático o de fuerzas bélicas sino fruto del obrar humano, guiado por las fuerzas del bien que se encierran en su corazón. Fuerzas que lo lanzan a trabajar por la implantación del bien en la sociedad, no con las armas de la violencia y del odio, sino con las armas del amor y del don de sí mismo en favor de los demás, para que la justicia deje de ser un sueño inalcanzable y se convierta en una realidad.

El Pontífice no duda, por su parte, que este sueño se puede ir haciendo realidad, y por eso exclama en su Mensaje: "La paz es posible si verdaderamente se la quiere; y si la paz es posible, es un deber".